

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## De la Natividad de la Virgen.

(Continuación.)

Todas las naciones de la tierra componen la herencia que el Padre ha dado al Hijo y á la Madre, y el mundo entero, cuan anchos es, les pertenece como herederos universales de aquel que ha hecho todas las cosas con su omnipotencia y las conserva y gobierna con su sapientísima Providencia. El mundo estaba muerto; Jesús y María le volvieron á la vida; estaba ciego y le dieron vista despejada; estaba inerte, sin movimiento, paralítico, y le dieron agilidad de ciervo para correr por el camino de todos los progresos legítimos y gloriosos; era pobre de luces y de virtudes y le hicieron rico en virtudes y conocimientos; gemía en la esclavitud, y le hicieron libre; estaba

desterrado, y le franquearon las puertas de su patria que es el cielo. Ahí en la cuna del segundo Adán y de la segunda Eva tiene su principio *la nueva era*, y en la nueva era tiene su origen la nueva humanidad, que cual árbol frondoso, y altísimo extiende sus ramas por toda la tierra, y llevando en su seno los gérmenes de todo progreso, muéstrase á su tiempo vestido de verde follage, adornado de vistosas y perfumadas flores, cargado de copiosos y razonados frutos, oreado con brisas del cielo, regado con aguas divinas, cultivado por manos expertas, y jamás fatigadas, iluminado por el sol de la fé católica, y defendido por la autoridad y magisterio de la Iglesia, fuera de la cual no hay vida, ni incremento, ni fertilidad para las humanas plantaciones.

Rama fecunda y lozana de este árbol gigantesco es nuestra nación, viña elegida, plantada en el campo del Padre de familias por Santiago, defendida por una torre, fábrica de angélicas manos, el pilar de Zaragoza, desde el cual guarda su viña la Hija del divino labrador, y la protege de día y de noche contra las invasiones de la herejía, los hielos de la duda, y las tempestades asoladoras que suscitan contra ella las pasiones impías y revolucionarias.

Desde que la Virgen, Madre de Dios se dignó venir á nuestra tierra, y puso en ella su planta virginal, y nos distinguió entre todas las naciones, honrándonos con su presencia en carne mortal y dejándonos el pilar en prenda de su cariño y como perenne monumento de su eficaz protección, no ha cesado entre María, nuestra Madre, y la nación española, la hija de su predilección, ese sagrado comercio de gracias y fidelidades, de dones y obsequios, de beneficios, y gratitudes, de celestiales impulsos, y movimientos generosos, de inspiraciones divinas y de obras inmortales, de protecciones visibles, poderosas, y de hazañas heroicas, que demuestran á un tiempo una doble verdad, escrita con letras de oro en todas las páginas de nuestra

gloriosa historia, es á saber; que la Virgen, reina del mundo, nació para reinar con cetro de amor especial en España y que España nació para ser la dote especial de la Virgen.

Recorred los gloriosos anales de nuestra patria, hojead, página por página, nuestra historia desde que la Virgen á los 40 años de su vida mortal vino á Zaragoza para darnos la vida del catolicismo, que es la vida de la civilización, y vereis á María en Toledo, regalar una casulla, obra de arte divino, á San Ildefonso, fortalecer á Hermenegildo para el martirio, iluminar la inteligencia y mover el corazón de Recaredo para entronizar la Unidad católica sobre las ruinas de la herejía arriana, inspirar á los Leandros, Fulgencios, Isidoros, glorias preclaras de la patria, y astros de la ciencia, recoger bajo su manto amoroso, después de la rota del Guadalete, los restos fugitivos del ejército cristiano, en la Cueva de Covadonga, y aparecerse de nuevo á Pelayo, duque de Cantabria, que seguido de un puñado de valientes derrota un numeroso ejército de agarenos en Asturias. Aquí comienza la obra de la reconquista, esa guerra de titanes, gloriosa epopeya de siete siglos que nuestros padres em-

prendieron animosos, no confiados en sus fuerzas que eran bien escasas, sino en la protección de la Virgen que nunca les faltó, contando sus victorias por sus batallas, ganando palmo á palmo al bárbaro agareno el suelo sagrado de la patria, hasta que logrado por Hernán Pérez del Pulgar el triunfo del *Ave María*, y clavado el estandarte de la Cruz en las torres de Granada por los reyes católicos se levanta nuestra nación libre é independiente, vestida del sol del Catolicismo, teniendo á sus pies el poder de la Media Luna, y ciñendo la corona de los triunfos.

Desde este momento comienza la grandeza de España que se aplica á cultivar los fecundos gérmenes depositados en su seno por el Catolicismo, y mas ambiciosa de conquistas católicas que Alejandro de dominios terrenales, sin otra mira que la de extender por el mundo el reino de Dios, la fé de Jesucristo y la devoción de María, envía sus hijos en frágiles carabelas, y merced á su valor centuplicado por la fé, bajo la protección de María acrecentó sus dominios con el descubrimiento de las Américas, engarzando el sol como un diamante en su corona, y el mar como una esmeralda en sus san-

dalias; y mientras los hijos de España con la bandera de Castilla cuya asta era la Cruz, y su escudo la imagen de María paseaban en triunfo por todo el mundo el lema bendito de Dios, Patria y Rey, los nombres mágicos, divinos, de Jesús, María y España, que coronaban las sienas de nuestro pueblo como con una diadema de fuego, mientras en el exterior se derramaba la vida católica, la sávia exuberante de nuestra fé, y el fuego de nuestro celo por el reinado del Evangelio, era de ver como en el interior crecían y maduraban las mieses de las artes, de las ciencias, de las costumbres, de las leyes, de las virtudes, al calor y bajo los espléndidos rayos de la unidad católica, principio generador de la unidad nacional, fuente inagotable de progreso y civilización, foco de inmortales resplandores, fuerza inmensa que en el siglo XVI nos elevó al apogeo de la grandeza y de la gloria.

Z. M.

(Se Continuará.)

---

## VARIEDADES Y NOTICIAS.

---

### EL OCTAVO HIJO.

Habíamos alcanzado las primeras casas de la villa, cuando Silvino nos llamó la atención sobre una de ellas recién

construida, limpia y con un aire debien-estar que daba gozo el contemplarla. Era una de esas tiendecitas rurales en las que se encuentra un poco de todo, mercería, paños, comestibles y hasta papel y libros. Detrás del mostrador una buena vieja hacia calceta; sentado á la puerta un anciano saboreaba tranquilamente el humo de su pipa y el aire puro del campo.

—Mirad ese par de viejecitos, nos dijo Silvino; pocos habrá en este mundo que sean mas dichosos, y precisamente deben su felicidad á una bendición que por desgracia se empieza á mirar como un azote; el tener *demasiados* hijos. Hé aquí su historia:

Veinte años atrás, en este sitio, entonces algo apartado de la villa, y en una choza abierta al viento y á la lluvia, un niño vino al mundo. Era el octavo de la familia, y con hartos trabajos podían apenas los padres mantener los siete precedentes. Esta familia era por cierto apreciada, pero habían caído sobre ella toda suerte de desgracias, y estaba ya en el último extremo de indigencia. Ni fuego en el hogar, ni pan en la artesa; el padre enfermo, la madre casi moribunda, y los hijos que no habían cenado, tiritaban acurrucados sobre la paja, procurando calentarse mutuamente un poco.

Felizmente para los pobres, hay pobres en el mundo, y es de ver cómo se auxilian unos á otros con una caridad celestial. Una pobre vecina que se encontraba allí en aquellos momentos envolvió con un andrajo al recién nacido, que parecía no tener mas que un soplo de vida, y corrió á buscar al Párroco para que le

bautizase en seguida, temiendo que no llegara á ver la luz del nuevo día. El Párroco no tardó en comparecer.

—«Señor Cura, dijo tristemente el padre, hé aquí una infeliz criatura que llega en bien mala ocasión. ¿Qué nombre le pondremos?»

—«Le llamaremos *Diosdado*, respondió el Cura, porque Dios es el que os le dá muy oportunamente para consolaros y socorrerlos: *Ecce hæreditas Domini, filii: merces, fructos ventris*. Nunca nace un hijo en un hogar sin traer un pan debajo el brazo; muy luego lo vais á ver, amigo mío, y así lo vereis todos los días.»

Mientras el Cura hablaba, su sirvienta entraba en la choza llevando un gran cesto, del que fué sacando ropas y provisiones; despues salió para volver con un grueso haz de leña.

—«¡Ah! señor Cura, exclamó el buen hombre, ¡cuántas gracias os damos!»

—»A Dios es á quien debeis dárselas. Yo he recorrido la villa sabiendo que Él no permite nunca que haya corazones bastante duros para rehusar la asistencia á una familia infeliz compuesta de ocho hijos.»

La sirvienta enciende un buen fuego; envuélvese el pequeñuelo en limpios paños, se le bautiza, se le coloca junto á su madre, que llora de alegría, y mientras el cura se retira dejando olvidado su manteo, la vecina penetra en el cuarto contiguo con la falda cargada de pan, de guisados y de frutos, y dice á los otros siete niños: «Comed de lo que os envía vuestro hermanito Diosdado.» Diosdado empezó entonces á gozar de mucho crédito entre la familia.

Durante algun tiempo estuvo entre la vida y la muerte; era tan endeble que daba lástima, mas no por esto dejó de ocupar su puesto en la casa y en la comarca. Todo el mundo se interesaba por él y por sus padres, quienes además de los regalos que recibían, encontraban siempre trabajo. La caridad les prefería aun á los «obreros mas hábiles. Tienen ocho hijos!» decía la gente, y esta razon lo decidía todo en favor suyo. Por otra parte, se hacían dignos de la general benevolencia.

Laboriosos, honrados y buenos cristianos, eran tanto mas solícitos en pedir el pan cotidiano en cuanto nunca les sobraba nada del pan de la vispera y si no se hacían ricos, tenían á lo menos lo necesario; salvo las gangas no despreciables que con frecuencia les permitían seguir mas á sus anchas.

—De Diosdado es de quien nos viene todo esto, decían; muy bien le bautizó el señor Cura.»

Una de las grandes cosas que hizo Diosdado por su familia, aun antes de saber hablar, fué la colocacion de su hermano mayor. Una excelente madre cristiana de aquellos alrededores, queriendo merecer la proteccion de Dios para su propio hijo, determinó educar á sus costas á un muchacho de alguna familia numerosa é indigente. No faltaban en el país los de esta clase; una tenía cinco hijos, otra seis, otra siete, pero en casa de Diosdado eran ocho, y habia allí pobreza para vender.

El hermano de Diosdado fué pues, elegido; aprendió un oficio, y se entrevió el día, que al fin llegó, en que el buen mu-

chacho pudo á su vez ser útil á la casa. Mientras tanto, la familia no perdió nada, pues el hijo ausente continuaba en la cuenta y Diosdado era siempre el octavo. Al poco tiempo, la nieve y el viento ya no penetraron más en la pobre vivienda en la que el buen Dios habia puesto ocho hijos.

Sin embargo, este famoso Diosdado no llevaba mucha prisa en hacerse fuerte y robusto; su padre temía perderlo.

—«Si muere, decía el Cura, será un ángel del cielo y continuará protegiéndonos. Necesitamos tener allí arriba protectores; pero no tengais cuidado; yo confío que ha de vivir.

—«S: aún pesa quince libras, decía el padre.

—«Si pesase más, decía el Cura, su hermanita se cansaria de llevarlo.

—«Nunca podrá manejar la azada ni conducir el arado, añadió el padre.

—«¿Y qué? replica el Cura, ¿no pueden ganarse el pan más que los labradores? Ya le enseñaremos á manejar otras herramientas: dejemos hacer á la Providencia. Me parece á mi que no cuida tan mal de los asuntos de Diosdado.»

Diosdado empezaba á charlar graciosamente: era alegre, cariñoso, amable; lo aprendía todo con facilidad, y á los seis años ya enseñaba á leer á sus hermanos mayores. Todos los miembros de esta pobre familia se amaban entrañablemente, y siendo Diosdado el preferido parecia amar más aún que los otros.

Tambien como los otros ganaba honradamente su vida haciendo de monaguillo en la parroquia, y los domingos por la tarde leía la vida de los Santos y los



*Anales de la propagación de la fe á la familia reunida.* Guiado por el señor Cura que le apreciaba mas cada día, su espíritu y su razón se desarrollaban rápidamente hasta el punto de que padre, madre, hermanos y hermanas no emprendían nada sin su consejo, y no se arrepentían de ello.

Principió entonces á marchar holgadamente aquella casa, pero solo algo mas adelante fué cuando los padres conocieron el don que Dios les habia hecho. A medida que se hacían viejos, sus hijos se alejaban: unos encontraban colocación, otros se casaban; éste caía soldado, aquel se hacia marino; solo quedo Diosdado para consolarles y servirles, consiguiendo al fin crear esa tiendecita cuyos beneficios bastan para sus modestas necesidades. Todos quieren proveerse en casa de Diosdado, porque saben que no engaña á nadie, y luego es un muchacho que mantiene á sus padres, los cuales han criado á ocho hijos.

—«Diosdado, me decia un día su padre ha sido el sosten y la alegría de nuestra vida. Sin él hubiéramos muerto de miseria y de pesar. Cuando este niño vino al mundo tan endeble, siendo nosotros tan pobres, ¿quién nos hubiera dicho que tendríamos que apoyarnos en él?

El señor Cura estaba allí presente, pues se complacia entre aquellas honradas gentes que apreciaba de todo corazón. Era poco tiempo antes de su muerte.

—«¡Oh, amigo mío! dijo al anciano labrador con aquel su modo de hablar, sencillo como el Evangelio. ¡Dios que regula las cosas por su amor hacia nosotros, ve mas lejos que nosotros! Cono-

ce el porvenir, y se las compone en consecuencia. Un jóven al emprender un viaje murmuraba porque su padre le habia cargado de un saco muy pesado.—Hijo mío, le dijo el padre, ya sabrás esta noche por que te doy ésta carga.—El jóven partió, y al anocheecer hallóse en un lugar desierto. Abrumado de fatiga y muerto de hambre, abrió el saco que su padre le habia confiado. Allí encontró pan en abundancia, y bendijo la ternura previsora del autor de sus días.»

LUIS VEUILLOT.

### La pecadora penitente.

Es dulce y poético ver en las interminables veladas de invierno congregada toda una familia en torno del hogar, escuchando con respeto de labios de su jefe, de aire patriarcal y arrugada y canosa frente, la relación de algun acontecimiento notable de su vida, ó quizás un cuento que de sus abuelos aprendió allí mismo sesenta años antes.

El ronco silbar del viento por lo alto de la chimenea ó el ruido del agua al caer sobre las tejas, hacen mas agradables estas horas y muy á propósito para narrar historias.

Tal es la siguiente parábola aprendida en mi niñez.

En lo mas intrincado del bosque y entre espesos matorrales, sentóse cierto día fatigada jóven envuelta en negro manto y cuajados de lágrimas sus ojos.

Nadie la consolaba en su aflicción, ni venia á enjugar sus lágrimas amargas.

De vez en cuando tendía, abatida, una

lánguida mirada en torno suyo, y, lejos de hallar consuelo, prorrumpía en mas amargo llanto.

Terribles padecimientos destrozaban su corazón.

Cuantas veces intentaba levantarse para huir de aquel lugar sombrío, otras tantas retrocedía vacilante y desfallecida, continuando con mas pena sus suspiros, y los pocos pasos que andaba y desandaba servíanla para herir sus piés con las punzantes espigas del zarzal.

Por momentos sentía extinguirse sus débiles fuerzas y apagarse el aliento de su vida.

Y la noche tendió sus sombras envolviendo en ellas todo el valle, y las tinieblas se confundieron con el traje de la misera que seguía llorando y más llorando, agobiada por el remordimiento, presa de miedo y sin esperanzas de consuelo.

Mas de repente, sobre la cumbre del monte aparece celestial vision, de luciente rostro, túnica de nieve y azulado manto.

Descendió ligera, y colocóse sonriente y tranquila tras la que gemía inconsolable.

—No llores, dijo con acento celestial.

Fingió aquélla no oírlo, y siguió suspirando y profiriendo palabras incoherentes.

La hermosa del manto azulado púsose frente la enlutada, y la dijo con mas dulce y suave entonación:

—Vengo á consolarte.

Y mientras tanto, resplandores nunca vistos disputaban á la noche el impetio de los valles.

Pero ¡quién lo creyera! la que tan fuertemente lloraba en su desamparo, cerró sus ojos por no ver la santa aparición, y con desesperado esfuerzo quiso huir de aquel lugar. Cuando desfallecida, despues de cortos pasos, iba á caer al suelo la hermosa de túnica de nieve la sostuvo el brazo.

Obstinada en no mirarla su favorecida exclamó con desprecio singular:

—¿Quién eres tú que así me sigues?

Soy la Gracia divina, mensajera de Dios, soplo bendito del Corazón, del Eterno, que vengo á consolarte.

—Me siento abatida y conturbada; mis maldades trastornaron mi mente, y también mi corazón; y si me hacen derramar lágrimas, no por ello dejaré de amarlas. Vete. Déjame morir con ellas. Nada quiero de ti, repuso la infeliz inclinando al suelo su frente, sin apartar las manos de sus ojos.

—Es que tengo misión especial de salvarte, si tú quieres.

—Quiero perecer.

—Abre los ojos y mírame un instante.

—Huye, huye de aquí; no quiero verte.

—Piensa que apetezco tu bien y he venido para tí.

—Te aborrezco. ...

Y un estruendo como de tempestad horrible abismó á la desgraciada en las entrañas de la tierra, mientras la vision luciente recogió su manto, plegó sus alas de ángel y subióse al cielo.

Así acontece con nosotros. La gracia de Dios viene solícita en los mayores infortunios. Nuestra alma gime á veces en

el bosque del vicio, intentando en vano acallar remordimientos. ¡Cuántas veces es víctima de los lazos que el espíritu del mal la tiene preparados!

Nuestro Padre Celestial envía sin cesar sus gracias, que en destellos de purísima luz alumbran el espíritu. Si éste las aprecia, pronto sale del funesto laberinto para ingresar en el campo de la virtud. Mas ¡ay, si las rechaza! La mayor de las desdichas vendrá un día sobre él: los abismos abrirán su boca para tragarlo, y la luz del cielo, plegando sus alas de oro, se esconderá de sus ojos para siempre.

P. A., *Pbro.*  
Terciario.

—=—

*Curaciones milagrosas en Lourdes.*—Cláudio Dumont, de 13 años, padecía de osteitis del calcáneo izquierdo que le impedía andar, según los términos del certificado del médico.

Después del segundo baño en la piscina, Claudio pudo dar un gran paseo sin experimentar la menor molestia, y el mismo médico extendió el certificado atestiguando su completa curación.

—Luisa Mettery, de 10 años, natural de Savigny (Rhone), era sordo-muda y se hallaba en un colegio donde se educaban las que padecían la misma enfermedad, y donde los médicos trataban, en vano, de curarla hacia cuatro años. Mas habiendo ido á Lourdes y dándose inyecciones del agua milagrosa en los oídos, volvió á su país radicalmente curada según testimonio de varios médicos y según testigos de Lourdes y de Savigny.

—Victorina Chausse, de 15 años, padecía una coxalgia, de cuyas resultas tenía la pierna izquierda 15 centímetros mas corta que la derecha. Nada pudieron conseguir los médicos durante cinco meses, en vista de lo cual decidieron á Lourdes, y al efecto, se agregó á la peregrina-

nación de la diócesis de Lyon. Después del primer baño la pierna se alargó 10 centímetros, llegando á su estado normal después del segundo, no sin experimentar en ambos agudos dolores y necesitando aun el auxilio de las muletas; mas al pasar el tercer día la procesion del Santísimo Sacramento se sintió completamente curada, y derramando abundantes lágrimas de sincero agradecimiento hácia la Virgen de Lourdes.

—Mr. Perret, de 20 años, tejedor, padecía de coxalgia con abceso peri-articular que le obligaba á guardar cama. Conducido á Lourdes en una camilla, volvió de allí, después de tomar tres baños, completamente curado, y ahora trabaja en su oficio, que había tenido que dejar hácia tres años.

—Mr. Piard, de 31 años tejedor también, había encontrado gran alivio en Lourdes el año pasado de la coxalgia que padecía en la cadera derecha con anquilosis de la misma pierna, que le impedía trabajar hácia dos años.

Este verano, á su regreso de Lourdes, se encontraba completamente curado, y ha podido volver á su antiguo oficio.

—M<sup>me</sup>. Damichel, de 45, atacada hacia tres años de reumatismo crónico articular en las piernas y los brazos que no podía mover, fué á Lourdes después de haber tomado inútilmente baños termales. Al primer baño en la piscina encontró gran mejoría, que fué en aumento, hasta que después de algunos mas se curó radicalmente, regresando á su país, donde con milagrosa curación pudo atestiguar el poder de María.

